

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo III. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quixote en armarse Cavallero.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1581

como sus armas ; pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la zelada y alçada la visèra, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo dava y ponìa ; y assi una de aquellas señoras servia de este menester : mas al darle de beber no fue possible, ni lo fuera, si el ventero no horadàra una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echàndo el vino ; y todo esto lo recibia en paciencia, à trueco de no romper las cintas de la zelada.

ESTANDO en esto, llegó à caso à la venta un castrador de puercos, y assi como llegó, fonò su silvato de cañas quatro ò cinco vezes, con lo qual acabò de confirmar Don Quixote, que estava en algun famoso Castillo, y que le servian con Mùsica, y que el abadejo eran truchas, el pan candel, las rameras Damas, y el ventero Castellano del castillo ; y con esto dava por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que mas le fatigava era, el no verse armado Cavallero, por parecerle que no se podria poner legitimamente en aventura alguna, sin recibir la orden de Cavalleria.

CAPITULO III.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quixote en armarse Cavallero.

Y ASSI fatigado de este pensamiento, abreviò su ventril y limitada cena, la qual acabada llamò al ventero, y encerrandose con el en la cavalleriza, se hincò de rodillas ante el, diziendole ; no me levantarè jamàs de donde estòy, valeroso Cavallero, fasta que la vuestra corte-

sia.



sia me otorgue un don que pedirle quiero, el qual redundará en alabanza vuestra, y en pro del genero humano. El ventero que vió à su huésped à sus pies, y oyó semejantes razones, estava confuso mirandole, sin saber que hazerle ni dezirle, y porfiava con él que se levantasse, y jamás quiso, hasta que le hubo de dezir, que él le otorgava el don que le pedía. No esperava yo menos de la gran magnificencia vuestra, Señor mio, respondió Don Quixote; y así os digo, que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es, que mañana en aquel dia me aveys de armar cavallero; y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseó, para poder, como se deve, ir por todas las quatro partes del mundo, buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está à cargo de la cavallería y de los cavalleros andantes, como yo soy, cuyo deseo à semejantes fazañas es inclinado. El Ventero que (como está dicho) era un poco focarron, y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo, quando acabó de oír semejantes razones, y por tener que reyr aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así le dixo, que andava muy acertado en lo que deseava y pedía, y que tal presupuesto era propio y natural de los cavalleros tan principales como él parecia, y como su gallarda presencia mostrava; y que él así mesmo en los años de su mocedad se avia dado à aquel honroso exercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que huviesse dexado los Perchales de Málaga, Islas de Riarán, Campos de Sevilla, Azoguero de Segovia, la Oliviera

olivèra de Valencia, rondilla de Granada, playa de San Lucar, potro de Còrdova y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes, donde avia exercitado la ligereza de sus pies y futeza de sus manos, haziendo muchos tuertos, requies- tando muchas Viudas, deshaziendo algunas Donzellas, y en- gañando algunos pupilos; y finalmente dandose à conocer por quantas Audiencias y Tribunales ày casi en toda España; y que à lo ultimo se avia venido à recoger à aquel su castil- lo, donde vivia con su hazienda y con las agenas, reco- giendo en èl à todos los cavalleros andantes, de qualquiera calidad y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con èl sus avères en pago de su buen desèo. Dixole tambien que en aquel su castil- lo no avia capilla alguna donde poder velar las armas, por- que estava derribada para hazerla de nuevo; pero que en caso de necesidad èl sabia, que se podian velar donde quie- ra, y que aquella noche las podia velar en un patio del castillo; que à la mañana, siendo Dios servido, se harian las devidas ceremonias de manera, que èl quedasse armado cavallero, y tan cavallero que no pudieffe fer mas en el mundo. Preguntòle si traÿa dineros? Respondiò Don Qui- xote que no traÿa blanca, porque èl nunca avia leydo en las Historias de los cavalleros andantes, que ninguno los huvieffe traÿdo. A esto dixo el Ventero que se engañava; que puesto caso que en las historias no se escrivia, por averles parecido à los autores dellas, que no era menester escrivir una cosa tan clara y tan necessaria de traèrse, como eran dineros y camisas limpias, no por effo se avia de creèr, que no los truxeron; y assi tuvieffe por cierto y averiguado,

T o m. I.

D

que



que todos los Cavalleros andantes (de que tantos libros estàn llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas por lo que pudieffe sucederles ; y que assi mesmo llevaban camisas, y una Arqueta pequeña llena de unquentos para curar las heridas que recibian ; porque no todas vezes en los campos y desiertos, donde se combatian y salian heridos, avia quien los curasse ; si yà no era que tenian algun sàbio encantador por amigo, que luego los focorrìa, trayendo por el ayre en alguna nube alguna donzella, ò Enano con alguna redòma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedavan sanos de sus llagas, y heridas, como si mal alguno no huvieffen tenido. Mas que en tanto que esto no huvieffe, tuvieron los passados Cavalleros por cosa acertada, que sus escuderos fuesen proveydos de dineros, y de otras cosas necessarias, como eran hilas y unguentos para curarse. Y quando sucedia, que los tales Cavalleros no tenian escuderos (que eran pocas y raras vezes) ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy futes, que casi no se parecian à las ancas del cavallo, como que era otra cosa de mas importancia ; porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas, no fuè muy admitido entre los Cavalleros andantes ; y por esto le dava por consejo (pues aun se lo podia mandar como à su Ahijado, que tan presto lo avia de ser) que no caminasse de alli adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que veria quan bien se hallava con ellas quando menos se pensasse. Prometiòle Don Quixote de hazer lo que se le aconsejava con toda puntualidad ; y assi se diò luego orden como velasse las armas en un corral grande, que à un lado
de

de la venta estàva ; y recogìendolas Don Quixote todas, las pùso sobre una pila, que junto à un poço estàva ; y abraçando su adarga, asiò de su lança, y con gentil continente se començò à passeàr delante de la pila, y quando començo el passèò, començava à cerrar la noche.

CONTÒ el Ventero à todos quantos estavan en la venta la locura de su huesped, la vela de las armas, y la amazon de Cavalleria que esperaba. Admiràronse de tan esotraño genero de locura, y fuèronfelo à mirar desde lexos, y vieron que con fofsegado ademàn unas vezes se passeàva, otras, arrimado à su lança, ponìa los ojos en las armas sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabò de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la Luna, que podìa competir con el que se la prestàva, de manera que quanto el novel Cavallero hazìa, era bien visto de todos.

ANTOJÒSELE en esto à uno de los harrieros, que estavan en la venta, ir à dar agua à su rèqua, y fuè menester quitar las armas de Don Quixote que estavan sobre la pila ; el qual viendole llegar, en voz alta le dixo : O tu quienquiera que seas, atrevido Cavallero, que llegas a tocar las armas del mas valeroso andante, que jamas se ciñiò espada, mira lo que hazes, y no las toques, fino quieres dexar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curò el harriero de estas razones (y fuèra mejor que se curàra, porque fuèra curarse en salud) antes travando de las corrèas, las arrojò gran trecho de si ; lo qual visto por Don Quixote, alçò los ojos al Cielo, y puesto el pensamiento (à lo que pareciò) en su Señora Dulcinea, dixo : Acorredme Señora mia en esta primera afrenta, que à este vuestro



avassallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo. Y diciendo esto y otras semejantes razones, foltando la adarga, alzò la lança à dos manos, y diò con ella tan gran golpe al harriero en la cabeça, que le derribò en el suelo tan mal-trecho que si segundàra otro, no tuviera necesidad de maestro que le curàra. Hecho esto, recogì sus armas, y tornò à passearse con el mismo reposo que primero. Desde alli à poco, sin saberse lo que avìa passado (porque aun estàva aturdido el harriero) llegò otro con la misma intencion de dar agua à sus mulos, y llegando à quitar las armas para desembarçar la pila, sin hablar Don Quixote palabra y sin pedir favor à nadie, foltò otra vez la adarga, y alzò otra vez la lança, y sin hazerla pedaços, hizo mas de tres la cabeça del segundo harriero, porque se la abrió por quatro. Al ruydo acudiò toda la gente de la venta, y entre ellos el Ventero. Viendo esto Don Quixote, embraçò su adarga, y puesta mano à su espada, dixo: O Señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio, aora es tiempo que bueltas los ojos de tu grandeza à este tu cautivo Cavallero, que tamaña aventura està atendiendo. Con esto cobrò, à su parecer, tanto animo, que, si le acometieran todos los harrieros del mundo, no bolviera èl piè atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lexos à llover piedras sobre Don Quixote, el qual, lo mejor que podìa, se reparàva con su adarga, y no se osàva apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero dava voces que le dexassen, porque yà les avìa dicho como era loco, y que por loco se libraria, aunque

los

los mataffe à todos. Tambien Don Quixote las dava mayòres, llamandolos de alevosos y traydòres, y que el Señor del castillo era un follòn y mal nacido Cavallero, pues de tal manera consentìa, que se trataffen los andantes Cavalleros; y que si èl huviera recibido la orden de cavalleria, que èl le daria à entender su alevofia; pero de vosotros, soez y baxa canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid y ofendedme en quanto pudièredes, que vosotros vereis el pago, que llevais de vuestra sandez y demasia. Dezia esto con tanto brio y denuedo, que infundiò un terrible temor en los que le acometian; y assi por esto, como por las persuasiones del Ventero, le dexaron de tirar, y èl dexò retirar à los heridos, y tornò à la vela de sus armas con la misma quietud y foffiego que primero. No le parecieron bien al Ventero las burlas de su huesped, y determinò abreviar y darle la negra orden de cavalleria luego, antes que otra desgracia sucedieffe; y assi llegandose à èl, se disculpò de la insolencia que aquella gente baxa con èl avia usado fin que èl supieffe cosa alguna; pero que bien castigados quedavan de su atrevimiento. Dixole como yà le avia dicho, que en aquel castillo no avia capilla, y para lo que restava de hazer, tampoco era necessaria; que todo el toque de quedar armado Cavallero consistìa en la pescoçada y en el espaldarazo, segun èl tenia noticia del Ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podia hazer; y que yà avia cumplido con lo que tocava al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplìa; quanto mas que èl avia estado mas de quatro. Todo se lo creyò Don Quixote, y dixo que èl estava alli pronto para obedecerle, y que

que concluyèſſe con la mayor brevedad que pudieſſe; porque ſi fueſſe otra vez acometido, y ſe vieſſe armado Cavallero, no penſava dexar persona viva en el caſtillo, excepto aquellas que èl le mandafſe, à quien por ſu reſpeto dexaria. Advertido y medroſo deſto el caſtellano, truxo luego un libro donde aſſentava la paja y cevada que dava à los harrieros, y con un cabo de vela, que le traÿa un muchacho, y con las dos yà dichas donzellas, ſe vino à donde Don Quixote eſtàva, al qual mandò hincar de rodillas, y leyendo en ſu Manual (como que dezia alguna devota oracion) en mitad de la leyenda alçò la mano, y diòle ſobre el cuello un buen golpe, y tras èl con ſu miſma eſpada un gentil eſpaldarazo (ſiempre murmurando entre dientes como que rezàva.) Hecho eſto, mandò à una de aquellas damas que le ciñeſſe la eſpada, la qual lo hizo con mucha deſemboltura y diſcrecion, porque no fuè menefter poca, para no rebenar de riſa à cada punto de las ceremonias; pero las proezas que yà avian viſto del novel Cavallero, les tenia la riſa à raya. Al ceñirle la eſpada dixo la buena Señora: Dios haga à vueſtra merced muy venturoſo cavallero, y le dè ventura en lides. Don Quixote le preguntò como ſe llamava, porque el ſupieſſe de alli adelante à quien quedàva obligado por la merced recibida, porque penſava darle alguna parte de la honra que alcançafſe por el valor de ſu braço. Ella reſpondiò con mucha humildad, que ſe llamava la Tolòſa, y que era hija de un remendon natural de Toledo, que vivia à las tendillas de Sancho Bienaya, y que donde quiera que ella eſtuvieſſe, le ſerviria, y le tendria por Señor. Don Quixote le replicò, que por ſu amor le hi-

zieſſe



*J. Vanderbank inv.
Vol: I - p. 22.*

Ger. Vander Gucht Sculp.

4



